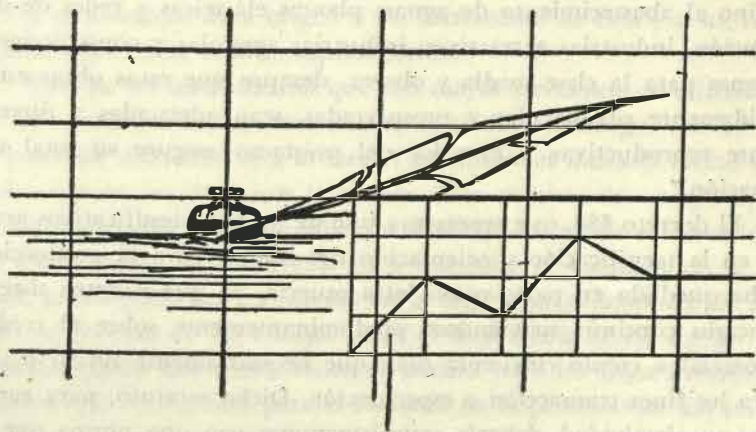


terpreta la política de la libre empresa, que constituye una base fundamental para el progreso colombiano. Esto no obsta, sin embargo, para que el Estado en ejercicio de su deber de tutela de los derechos económicos y como supremo orientador de la vida nacional, regule el funcionamiento del crédito. La banca, tanto desde el punto de vista de su estructura jurídica como en razón a la índole de sus funciones, cumple fines de utilidad colectiva. Tiene ella el control y el manejo del más poderoso de los instrumentos económicos, cual es el crédito. Está, por lo tanto, en el deber de manejarlo en servicio de la colectividad.



Caminos de la Inflación

Por ANTONIO ALVAREZ RESTREPO

Fernando Zweig, el gran profesor de la Universidad de Cracovia, en un pequeño libro cuajado de sabiduría preguntaba lo siguiente: ¿Qué podemos aprender de la historia de las ideas económicas?

“—Ante todo, humildad. Las verdades económicas no están ungiadas por la revelación o por la sabiduría. Se pueden ver las predisposiciones y los prejuicios que tuvieron las mentes más esclarecidas al aceptar la luminaria de la ciencia económica, y podemos pensar que actualmente tenemos todavía muchos de esos prejuicios y predisposiciones. Los hombres viven constantemente rodeados de una espesa niebla que el color de sus pequeños intereses y deseos crea, y es difícil para ellos ver claramente aunque sea sólo a poca distancia.

“Mucho de lo que los economistas pensaron que era eterno es solamente transitorio. Las ideas son como plantas: crecen y no tardan en marchitarse, y la mayor parte de ellas sirve sólo de fertilizante para otras plantas. La moraleja de esto es: *No debes confiar excesivamente en imponer tus propias ideas a los demás.*

“La economía es sólo la rama de un gran árbol, pero de que sea sólo la rama de un gran árbol se desprende que sobre bases puramente económicas nunca podemos profundizar para descubrir las raíces del problema. El análisis económico se queda en la superficie de cualquier gran problema de la vida y no puede darnos la solución verdadera, porque las raíces son más profundas, arraigando, como arraigan, en un plano religioso, moral, social y político diferente.

“Tenemos que participar en la vida basándonos en datos reales; no en los datos tal y como nos los presenta el análisis económico o las especulaciones académicas.”

El tema de la inflación asignado para esta conferencia es en apariencia de relativa facilidad cuando se mira sólo el aspecto superficial del problema que en él se encierra. Pero a medida que se avanza un

poco en el estudio de sus fenómenos e incidencias se encuentra con que detrás de la célebre palabra que conturba a los gobiernos y a los estadistas de todas las naciones del mundo, existe un vasto panorama imposible de encerrar dentro de los estrechos márgenes de una conferencia. La primera razón para esto es la siguiente: Quien dice inflación dice moneda y decir moneda es como desembocar frente a una llanura ilímite, cruzada de caminos cada uno de los cuales va a perderse en las innumerables comarcas de la ciencia económica. Los fenómenos que se relacionan con la riqueza, los que se refieren a las transacciones comerciales, los que aluden al intercambio entre las personas y los países, los grandes temas del valor y los precios, de la producción y la distribución, todos están unidos por eslabones directos al tema central de la moneda. En el caso de la inflación la unión es todavía más íntima, porque aplicando cualquiera de las teorías que se emplean para explicar este fenómeno, hay un solo punto en que los teorizantes están de acuerdo, y es, que la moneda es el vehículo necesario para que pueda existir la inflación.

DEFINICION

Definir el fenómeno en sí mismo no es muy sencillo. Se ha recordado por alguno que en un foro que tenía como tema central el de la inflación, pudo constatarse que se habían emitido más de cincuenta definiciones de este flagelo monetario (1). El tema es también relativamente nuevo en la discusión de los fenómenos monetarios. Hasta 1914 se le encuentra raras veces en obras cuyos autores hacen alusión a hechos históricos (asignados) o la fenómenos lejanos (algunos en los países de la América Latina) (2).

Desde los manuales elementales de economía hasta en aquellas obras de altísima alumbración económica como *Human Action* de Von Mises, en las páginas de los periódicos y en las revistas, los iniciados y los doctos, los sociólogos y los políticos, en dondequiera que se mencionen los fenómenos monetarios la palabra inflación tiene asiento como personaje principal del drama económico que tan poderosamente apasiona a las gentes, drama en el que todos, cual más cual menos, somos actores o hacemos al menos parte del coro en la representación. Para los economistas de la escuela clásica, para quie-

(1) Aníbal Pinto.—Substancia y Problemas de la Inflación.

(2) Luis Baudin.—Moneda.

nes aún no han aceptado la insurgencia de los nuevos valores en los campos económicos, el evangelio en materia de inflación sigue siendo la teoría cuantitativa según la cual la inflación es un exceso en la cantidad de dinero y de los depósitos bancarios en relación con el volumen de bienes que en un momento dado están disponibles en el mercado.

A partir de 1930 y con motivo de la mayor crisis económica que la humanidad haya soportado, aparecen en el estadio de la economía mundial nuevas fuerzas que tratan de buscar una fórmula más razonable para la interpretación de este fenómeno, pues sometida la tesis de la teoría cuantitativa al estudio minucioso de la técnica se descubrió cómo no siempre el crecimiento del volumen de la moneda determinaba alza de precios, sino que, por el contrario, muchas veces aun con ese crecimiento se presentaban fenómenos de receso, rompiéndose así la rigidez de la tesis primitiva. La escuela inglesa y la americana, que han dado a la ciencia económica un aporte extraordinario, sostienen que la inflación es un desequilibrio que se manifiesta por un alza general de los precios que no permite entrever en dónde habrá de detenerse, alza que algunas veces puede provocar la propia desaparición de la moneda (1). Su origen está en el incremento de la renta individual, incremento ocasionado por distintos factores. Según ellos, el nivel de los precios depende de la demanda y la demanda depende de la renta. Podría decirse que su tesis es la de que, con algunas excepciones, aquel cuya renta aumenta gasta más. Este factor del aumento de las rentas determina generalmente la inflación.

CAMINOS DE LA INFLACION

Pero dejemos a los técnicos buceando en las profundas aguas de las disquisiciones eruditas y entremos a examinar cuáles son los resultados buenos o malos del fenómeno llamado inflación, y cuáles son, sobre todo, los caminos por donde suele llegar a la economía de las naciones.

Unánimemente los economistas señalan como primera fuente de la inflación los déficit presupuestales del Estado que suelen saldarse con emisiones públicas, las cuales se aplican a la realización de grandes empresas que deben construirse no con el ahorro natural de la comunidad sino con rentas adicionales que se crean colocando en el

(1) Pierre Mendes-France.—*La science économique et l'action*.

mercado voluminosas cantidades de moneda. Es esta la inflación fiscal, o sea la creación por parte del Estado de moneda destinada a realizar gastos que superan el monto de los ingresos comunes de la colectividad. El sistema hizo su aparición en casi todos los países europeos con motivo de la primera guerra mundial que sacudió como un terremoto sus economías normales y lanzó a los gobiernos por la vertiente de las emisiones indispensables para el mantenimiento de la guerra. Sus resultados fueron tales, que podría decirse que en 1918 al sonar los clarines del armisticio, de la misma manera que sobre los campos asolados quedaba un hacinamiento confuso de carros y máquinas de guerra destrozados al lado de ciudades deshechas, de puentes y vías férreas desaparecidos, en el campo económico quedaban también confusos y revueltos los despojos de todas las monedas que habían sufrido a la par que la tierra y los hombres el horror de aquella contienda apocalíptica. En la aurora del armisticio cada país se encontró con que su moneda, que en vísperas de la guerra disfrutara de un macizo respaldo en oro, se había convertido en un delgado pedazo de papel sucio, sin valor, mientras que la desocupación y el hambre rondaban por ciudades y aldeas desde los Pirineos hasta Moscú. De aquel desastre surgió una lección: aprendieron allí los gobiernos que esta moneda de papel podría servir, bien dirigida, para reconstruir la economía de un país y para colocarlo nuevamente sobre bases de estabilidad.

NUEVAS IDEAS

En 1931, en la Conferencia de Londres, la actitud hacia los problemas monetarios cambió substancialmente. *Un cambio de corazón* apareció entonces y ejerció profunda influencia en el desarrollo de las concepciones monetarias. La inflación no fue considerada ya como la mayor amenaza para la política de estabilidad monetaria. No se la consideró ni se la temió como el *enemigo número uno* de la moneda. Se hizo presente que tras de la inflación había llegado la deflación que el mundo había sufrido, y que con la deflación había llegado el desempleo en masa, que es social y económicamente el más tremendo de los azotes. Se creó entonces una nueva palabra: *reflación*, para indicar la política antideflacionaria que los gobiernos deberían proseguir. Mientras que el miedo a la inflación predominaba, la influencia de los gobiernos en la política monetaria fue muy mal repu-

tada porque tendía a ser inflacionaria. Por la misma razón la influencia del gobierno fue bien recibida tan pronto como el sistema de reflación apareció, indicado como sistema de curación para los males de la deflación. Estos males maduraron la opinión pública para la nueva concepción monetaria y económica de John Maynard Keynes, quien explicó la falacia de la teoría de la economía clásica según la cual la capacidad de producir del mundo tenía la tendencia normal hacia el pleno empleo. Sus teorías sobre la relación entre el ahorro, siendo este el acto negativo de no usar la renta para la compra de artículos de consumo, y la inversión, siendo este el acto positivo de producir nuevo capital, deberían imponerse en la opinión económica en los años subsiguientes, especialmente en los países anglosajones.

Dichas teorías deberían influir en la opinión pública más rápidamente de lo que antes lo hubiese hecho cualquier teoría económica. Su popularidad en parte es comparable a los descubrimientos psicoanalíticos de Freud, los cuales atrajeron la mente de los seculares más fácilmente que los descubrimientos médicos primitivos. Las teorías de Keynes debían ser tan profundamente incomprendidas y mal interpretadas como las revelaciones del maestro de psiquiatría moderna. Ellas tenían un elemento similar de liberación de los viejos prejuicios y de esperanza de una vida más próspera y brillante; ellas dieron al seglar la agradable impresión de poder comprender el complicado problema científico y mirar claramente a través de los misterios que por generaciones habían circundado su vida privada con peligros inesperados e incomprensibles. En ambos casos fue únicamente el evangelio de la libertad el que se oyó. Las amonestaciones para ejercitar el control propio, que contenían las nuevas teorías, fueron ignoradas. A la larga inclusive fueron dañinas. Únicamente la parte de la medicina que ellas prescribían y que era agradable al paladar del paciente era la que gustaba a éste. La opinión popular carece de agudeza intelectual para absorber una doctrina que pregona tanto la libertad como el control. Está preparada para absorber cualquiera de las dos en cantidad y con frecuencia muestra un asombroso deseo de aceptar controles siempre que ellos no modifiquen su libertad. Una vez que se saborea la libertad se siente muy poco inclinado a aceptar controles necesarios para hacer la libertad duradera (1).

(1) J. W. Beyen, *Money in a Maelstrom*.

Esta breve digresión nos ha separado del tema inicial sobre las emisiones del Estado como fuentes inflacionarias. Pasada la época de la guerra el mundo ha vivido prácticamente bajo el signo de la inflación. Por razones que se extienden en una gama amplísima, los gobiernos de las diversas latitudes, tanto los de los países plenamente desarrollados como los de los países de baja renta, han recurrido una y otra vez al sistema de las emisiones oficiales tratando de aplicar la teoría del pleno empleo y de mantener el ritmo de actividad creciente de sus pueblos. Los tipos de inflación han sido dos: uno, el de la inflación moderada, la aplicación en pequeñas dosis de nuevos recursos adquiridos por el Estado extraordinariamente, unas veces para contener accidentales períodos deflacionarios que suelen presentarse en todos los países por causas aún no bien determinadas, otras para satisfacer el anhelo de la comunidad que desea progresar a un ritmo superior al que podría hacerlo si se limitara a invertir sólo los ahorros de la economía nacional, o bien por presiones políticas y sociales, sin ninguna justificación en el terreno económico, que llegan a operar peligrosamente sobre la existencia de los mismos gobiernos. Todas estas razones en un grado mayor o menor de intensidad aguijan a los países de la América Latina que al despertar de su letargo colonial de trescientos años han comparado su situación con la de los Estados Unidos de Norteamérica y encuentran con que a pesar de estar dotados de excelentes recursos naturales aún vegetan en la inacción y casi en la miseria.

La tesis que prescribe una dosis de inflación moderada en países de baja renta, como el nuestro, es en el estricto campo de la técnica económica defensible si esa inflación relativa ha de ir a estimular campos de la economía que permanecen inertes y que dentro del crecimiento natural del ahorro nacional deberían esperar muchos años más para ver resueltos sus problemas. Es claro que el sistema económico ideal para la dirección económica de un país es hacer que éste conforme su progreso dentro de los límites normales aprovechando su propia capacidad de ahorro y aplicando a las nuevas actividades los capitales formados a la sombra de una sana economía. A esto aspiran generalmente todos los teóricos cuando analizan los fenómenos monetarios que afectan a la comunidad, y dentro de la más pura ortodoxia debiera ser el desideratum de todo gobierno. Pero ya hemos

anotado que muchas veces la formación de capital es insignificante y el nivel de precios y salarios no permite incrementar en forma apreciable los ahorros. Se plantea en estos casos a los gobiernos el dilema de estancarse o de recurrir a préstamos, bien sea de la banca central o de los bancos particulares, si quieren acelerar el proceso de la actividad nacional. Sostienen algunos que el presupuesto sólo debe formarse con los impuestos y demás entradas ordinarias del fisco. El principio es sano, pero tiene un límite natural, ya que los impuestos sólo pueden llegar a un nivel en que no se desestime el interés de los particulares y de las sociedades para continuar invirtiendo en bienes de producción. El impuesto, al mermar la renta del contribuyente, traspasa al Estado la posibilidad de crear nuevas empresas; mas habitualmente el Estado no es un eficaz promotor ni un realizador afortunado. De ahí que el impuesto sólo pueda llegar, como acabo de decirlo, a cierto límite, más allá del cual su acción sería nociva para la actividad general del país.

Cosa distinta es que el Estado promueva ese tipo de inflación que los economistas llaman *morbida o galopante*, es decir, aquella forma de inflación descontrolada que pasa sobre la economía de una nación destruyéndolo todo.

La dificultad está, en esto como en muchos otros problemas del fenómeno inflacionario, en saber regular adecuadamente la intervención del Estado y conocer en dónde debe contenerse dicha intervención, aunque para ello haya que afrontar las peores dificultades. Porque si bien es cierto que no se justifica a estas horas del siglo, de la civilización y de la cultura, que un país se precipite al caos de la anarquía económica por el desplome vertical de sus valores esenciales, tampoco es menos cierto que por el camino de la inflación descontrolada se llegará tarde o temprano al campo de la ruina total. Un economista americano ha escrito con gran sagacidad que la ventanilla de los cajeros encargados de los pagos oficiales es la puerta por donde la inflación sale a la calle. Saber hasta dónde puede permanecer abierta esta puerta requiere máxima sabiduría por parte de las autoridades monetarias. Porque hay que tener en cuenta que cuando los fondos que van a acrecentar el caudal monetario desembocan por los canales del presupuesto, se puede cometer un grave error so pretexto de mantener la actividad de las gentes y el pleno empleo. Si esos fondos, al acrecentar el volumen de moneda en poder del público, aumentan la demanda de bienes y en consecuencia encarecen

los precios, puede llegarse al caso en que la ocupación de unos cuantos esté gravando el costo de la vida de núcleos humanos mucho mayores. Este error suele cometerse bajo la presión de fuerzas organizadas que sin un conocimiento exacto del fenómeno de la economía, presionan alzas de salarios y exigen la apertura de frentes nuevos de trabajo sin darse cuenta de que por el proceso de la espiral viciosa cada nueva alza de salarios repercutirá en el costo de los bienes, por aquello de que los precios caminan siempre más aprisa que los salarios, sin que se logre realizar nunca el fenómeno del total equilibrio. Es esto tan cierto que los Trade Unions ingleses llegaron a solicitar al gobierno que no se apelara a la política de la elevación de los salarios, ya que esa política significaba siempre un aumento en el costo de la vida.

SEGUNDA FUENTE

Una segunda fuente de presiones inflacionarias son las inversiones de los particulares. En períodos de bienestar económico, cuando por razones del equilibrio general entre los precios y los salarios la economía de un país avanza sólidamente en sus diversos frentes, la actividad particular suele sentirse estimulada, aguijoneada para ir en busca de campos de nueva inversión, sobre todo cuando la industria está en manos de grupos de gentes audaces y progresistas. Esto se hace mucho más patente en países de baja renta en donde permanentemente existen campos amplísimos para aplicar con éxito la actividad humana. Estas élites directoras, sintiéndose limitadas por la falta de los recursos que no les proporciona la casi siempre muy pequeña capitalización del país, buscan recursos extraordinarios a través de préstamos bancarios y de operaciones de crédito interno y externo tratando de acrecentar por todos los medios los capitales necesarios para el desarrollo de sus programas. Esta laudable disposición de ánimo tiene también sus implicaciones inflacionarias, porque hay un período entre la obtención de los recursos y la conversión de éstos a bienes de capital en que el volumen total de la moneda se ve acrecentado sin compensación en bienes producidos. Cuando en un país, como ha ocurrido en el nuestro, están desarrollándose a la vez entre privadas y públicas numerosas empresas, suele presentarse un alza de precios motivada por el pleno empleo que se ha creado y por el acrecentamiento de la renta individual de los trabajadores. Hay aquí otro punto vital que debe destacarse. Existe la mentalidad muy generalizada

de que todas las inversiones en bienes de producción son benéficas. No; sólo son benéficas aquellas en las que "el empleo de los recursos de que dispone la comunidad vaya a la producción de bienes que produzcan un alto dividendo social". La inversión por la inversión, como el arte por el arte, no puede aceptarse como teoría definitiva. En el desarrollo del proceso industrial hay muchos tanteos, muchos ensayos, muchas equivocaciones, cometidas por falta de estudio y de experiencia, cuyo coste paga la comunidad y que, como anoté antes, pueden producir fenómenos monetarios dañinos.

TERCERA FUENTE

El tercer camino por donde puede venir la inflación, que hemos conocido recientemente en Colombia, es el aumento de los ingresos nacionales por el alza en el exterior de los precios de los productos exportables. Es este un fenómeno típico, ya que el incremento de las rentas individuales, a la vez que lleva una amplia satisfacción a los sectores que la reciben, produce para los habitantes del país el encarecimiento general de los precios. La causa es no sólo el incremento de la circulación sino especialmente el incremento de los consumos por la percepción de mayores rentas personales. Se anota por los economistas cómo este incremento de la renta individual, que se crea por el mayor valor de bienes producidos cuando éstos se venden en el extranjero, desarrolla casi instintivamente en el individuo una predisposición a mayores gastos de consumo que se ve impulsada por fenómenos psicológicos todavía no controlados pero que se hace patente en dondequiera que se ha presentado el caso de una ráfaga de prosperidad: es el *windfall* tan conocido de los economistas anglosajones. Nosotros hemos vivido este fenómeno en los años pasados y hemos podido apreciarlo en todos sus matices. Los buenos precios del café tonificaron la economía, desde el gobierno hasta el más pequeño propietario de una parcela. Como por cada libra de café que vendíamos recibíamos mayores sumas, las rentas individuales subieron apreciablemente y con ellas la predisposición de consumir, que a su turno había de producir el incremento en los precios. Era más rápida la velocidad de la moneda y el aumento de la cantidad de ésta que los bienes que podían ofrecerse en el mercado. En cifras estadísticas esto significó que la vida en Caldas, centro vital cafetero, subiera un 18%, mientras los niveles de precios en la costa atlántica apenas si subían un 1%.

Y aquí un comentario marginal. Cuando aquellos precios llegaron a niveles muy altos, que superaban los setenta centavos americanos por libra de café, el gobierno, dentro de la más sana ortodoxia económica, creyó prudente aplicar el correctivo del impuesto cafetero. Desde el punto de vista técnico presentado entre nosotros el fenómeno que con mucha sagacidad describe el profesor Ragnar Nurkse de la Universidad de Columbia, cuando dice: "El aumento en las exportaciones de un país debido a los precios más altos de éstas acrecienta el flujo monetario en la nación. A pesar de que parte de las rentas extras pueden ser ahorradas, algo de las mismas, y probablemente la mayor parte de ellas, tenderá como consecuencia a aumentar los gastos del consumidor tanto en los artículos domésticos como en los importados. Como estamos considerando las condiciones de un país agricultor que presenta una situación de oferta inelástica en cortos períodos, el aumento de los gastos de los consumidores en productos domésticos empujará los precios hacia arriba, con lo cual se acentuará la tendencia hacia el aumento de las importaciones. No existe en este proceso cosa alguna que garantice que la totalidad o aún una cierta parte de las importaciones adicionales consistirá en artículos esenciales. Un progreso en los términos del comercio hace más accesibles el cambio extranjero, pero si nada se hace en este sentido, se afecta el aumento de las rentas domésticas, lo cual tiene como consecuencia el aumento de los gastos del consumidor tanto en artículos producidos en el país como en los importados. No se origina con esto la formación de capital.

Si la capacidad adicional de importación va a ser reservada en su totalidad para artículos de primera necesidad, entonces la totalidad del aumento de renta que resulta del mayor precio en las exportaciones debe ser encauzado hacia una nueva fuente de ahorro. Si dicho ahorro no fuese voluntario —y las fuerzas divergentes hacen muy improbable que lo sea— esto requiere acción definida y deliberada por parte de las autoridades fiscales y monetarias. Es algo raro que este pequeño asunto de sacar el ahorro de la crecida vertiente de la renta haya sido tan frecuentemente pasado por alto por aquellos que precisamente recalcan sobre la importancia de términos más adelantados de comercio para la formación y desarrollo del capital. Si el aumento en las exportaciones puede traer un crecimiento en el vo-

lumen de importación de artículos de primera necesidad, el incremento en las rentas que resultaría del mayor valor de las exportaciones debería ser ahorrado. Este ahorro, si no es voluntario, puede ser entonces extraído por medio de impuestos.

Los impuestos de este género pueden ser de dos clases: especiales o generales. Por *especial* yo entiendo un sistema mediante el cual los productos de exportadores son comprados por una agencia del gobierno a los productores a un precio fijo y vendidos en el exterior con provecho. Nueva Zelandia aplicó un sistema de esta clase en 1936; en los tiempos actuales el ejemplo más visible de este tipo de intervención es el de la Argentina. El monto total de este impuesto cae sobre los productores de artículos para exportar. Es un método efectivo, pero en mi opinión nada sano. ¿Por qué castigar particularmente a los productores de artículos exportables? Quienes producen esta clase de artículos pueden aceptar esta condición por un cierto tiempo pero a medida que se prolonga el sistema irán buscando poco a poco otras líneas de producción. Muchos serios daños se pueden infligir así a un país gravando su más eficiente fuente de cambio exterior (1). La objeción que entonces formulamos los voceros de la industria cafetera coincide exactamente con las tesis del profesor Nurkse, de que resultaba discriminatorio el hecho de que un solo grupo, el de los cafeteros, tuviese que contribuir, él solo, al equilibrio monetario del país, pagando un impuesto alto mientras que los demás gremios que estaban aprovechando de la bonanza nacional no lo pagaban. El gravamen se nos hacía muy pesado y dañino cuando analizábamos la contribución de los cafeteros a la prosperidad de la economía nacional, ya que la industria del café da origen al 17% del ingreso nacional, al 35% de las rentas del fisco, al 55% de los medios de pago y al 92% de las divisas que el país recibe cada año, además de que a dicha industria está vinculado el 30% de la población nacional.

EL CAMBIO

Retornando al tema inicial, debemos insistir en que los mayores ingresos provenientes de la exportación, especialmente de artículos primarios, son fuente directa de inflación. Mas la cosa puede también operar a la inversa, el cambio exterior en condiciones deficientes opera sobre los niveles de precios y tiende a elevarlos. Porque si

(1) Ragnar Nurkse. *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries.*

es cierta la más antigua definición de moneda, cuando se dijo que era una mercancía, mucho más cierta resulta esta definición cuando se aplica a la moneda de otro país. Ahí sí que operan todas las leyes de la mecánica del intercambio: su compra y su venta se rigen por la oferta y la demanda en una especie de regulación automática que funciona más rápidamente que las disposiciones que se pueden dictar por los gobiernos. Casi instintivamente las gentes saben cuándo el cambio va a subir. Es un hecho telúrico sobre el cual actúan las gentes de negocios, que desconocen totalmente la teoría económica, con una sagacidad sorprendente. La modificación del tipo de cambio exterior causa la depreciación de la propia moneda, inicialmente encarece el valor de todos los productos importados, y como consecuencia de esto principia a romper el equilibrio de los precios de los productos nacionales por los fenómenos de interrelación que existen siempre entre la mercancía extranjera y la nacional. Al subir el cambio, muchas materias primas, dentro de la especial configuración de la industria en países subdesarrollados, suben también, y los precios van progresando día a día en un proceso ascensional, sin que logre enfocarse muchas veces la razón exacta de las alzas. Lo estamos viviendo en Colombia: apenas dictados los decretos recientes que establecieron nuevas categorías para la importación de mercancías según su grado de necesidad e importancia, productos como el carbón mineral, que nada tiene que ver con el cambio extranjero, ya que su extracción es elemental y primitiva, subieron en el mercado. Con el alza del carbón subió el ladrillo, con el ladrillo las edificaciones, y así en cadena que todavía no termina.

LUCHA CONTRA LA INFLACION. SUPERAVIT PRESUPUESTAL

Los fenómenos alarmantes producidos por la inflación en muchísimos países que la han soportado en sus formas más agudas, han hecho que los economistas contemporáneos le dediquen estudios de gran profundidad, tratando de buscar fórmulas moderadoras al sistema, ya que generalmente se admite que la economía de las naciones se mueve dentro de un círculo inflacionista. Hansen, que ocupa hoy el primer lugar entre los expositores de la teoría monetaria, señala como remedio esencial para controlar la inflación el mantenimiento de un superávit de los ingresos en efectivo por parte del gobierno. "Si se sustrae del público más dinero del que recibe, como pagos en efectivo, el monto de gastos del sector privado disminuirá", y esta

disminución influirá por menor demanda sobre los niveles de los precios. La teoría del superávit presupuestal es inobjetable, ya que ese superávit se produce como resultado de los impuestos que la comunidad paga con detrimento de su capacidad de consumo. Esta tesis excelente en países de desarrollo económico muy avanzado, necesita ser en países de baja renta como el nuestro, mucho más elástica y flexible. Es claro que el ideal administrativo y económico es el de mantener los gastos fiscales ajustados a un volumen racional de ingresos, y que los mejores presupuestos no son aquellos que son deficitarios, sino por el contrario, los que logran equilibrarse, y mucho mejor aún, los que se liquidan con superávit. Pero si en un momento dado la disminución de ingresos por baja en el exterior de los productos primarios exportables, produce un vacío substancial en la economía, y si a ese vacío se agrega una sustracción por rebaja en las inversiones gubernamentales, entonces podrá llegarse fácilmente a un período deflacionario, ese sí mucho más peligroso y dañino que cualquiera otro. Porque la deflación tiene características que le son propias, de la mayor gravedad. Es una cadena nuclear que se descompone, la caída de un cuerpo en el vacío que va acelerándose en proporción directa con la altura, una especie de contagio que desmoraliza todas las actividades y que hace aparecer las cosas mucho peores de lo que en realidad son. Si en un momento dado el café baja de precio en el exterior, el gobierno reduce sus gastos y los bancos restringen las operaciones de crédito, la economía nacional se desploma irremediablemente. Está muy bien que en los períodos de auge, las autoridades monetarias y los responsables de la dirección económica del país tomen medidas drásticas para impedir excesos inflacionarios; en períodos así, puede procederse con la segura mano implacable del cirujano que amputa lo que pueda ser dañino para el organismo general. Pero otras son las circunstancias cuando los períodos de deflación se inician.

CONTROL MONETARIO

Hay mucha inclinación a pedir el control de los fenómenos inflacionarios por el solo camino de la moneda y el crédito. Bien aplicadas, son de una utilidad evidente medidas como el alza de los encajes, la restricción de los redescuentos, las limitaciones del crédito comercial y ciertas pausas en la actividad bancaria. Pero no puede olvidarse también que este instrumento, de una delicadeza excepcional,

opera con rapidez automática, ya que el mundo de la moneda es hipersensible y se conturba y desorienta aun con las menores restricciones.

Al terminar la primera guerra mundial, Checoslovaquia, que era entonces un país naciente, aplicó el singularísimo sistema de recoger la moneda que estaba en poder del público, dividiendo los billetes físicamente en dos mitades: una mitad que se devolvía al público por un valor que sólo representaba el cincuenta por ciento del billete que se había entregado, y otra mitad que se retenía en calidad de depósito a la orden del propietario del billete. Esta aparatosa y dispendiosa operación tuvo como resultado el que se produjera un mejoramiento sensible de las circunstancias monetarias y de los precios en todo el país, y sirvió para demostrar que efectivamente el exceso de moneda en poder del público era causa eficiente de la inflación.

CONTROL DE PRECIOS

Antes de que la nueva teoría económica llegara al alto nivel de desarrollo que hoy tiene, tratadistas tan importantes como el señor Kemmerer (1), recomendaban en sus textos, como remedios antiinflacionarios, los de los controles directos sobre el precio de los artículos. Quizás ningún país haya realizado en este campo una experiencia más viva que la que realizaron los Estados Unidos de Norteamérica durante el período de la guerra. Contando como cuentan allí con un pueblo disciplinado, que acata las disposiciones gubernamentales con una docilidad casi estoica, era de pensarse que el funcionamiento de la O. P. A., organismo estabilizador de los precios, habría de ser un éxito completo, ya que disponía de alta técnica en el estudio de cada uno de los problemas que debía resolver y de un gigantesco organismo integrado por ochocientos mil funcionarios a cuyo cuidado estaba la vigilancia del sistema en los Estados Unidos. Inicialmente la compleja máquina produjo resultados excelentes; los precios contenidos a la fuerza se mantenían en el mercado y el nivel general del costo de la vida permanecía inmodificable. Con el correr de los días, sin embargo, pudo verse cómo a pesar de la severidad de las sanciones, del estudio minucioso que precedía la fijación de cada precio y de la vigilancia omnipotente de la O. P. A. en todos los

(1) Kemmerer. *El A. B. C. de la inflación.*

sitios, el control iba perdiendo su eficacia, y lo que es más grave, que principiaban a aparecer grietas en la estructura moral del organismo. ¿Por qué? Porque los controles de precios están contra la realidad económica, porque nadie quiere vender sus artículos si está perdiendo dinero en ellos, porque hay, como dice el evangelio *mala levadura en el hombre*, que lo mueve a romper los lazos con que pretende atársele. Un alto funcionario de la O. P. A. declara al término de su misión, que en el futuro habrá que buscar sistemas completamente distintos para evitar presiones inflacionarias y alzas de precios, porque el sistema directo de control, en su concepto, había hecho una espectacular experiencia que había terminado en fracaso. Si esto ocurre en países de temperamento frío, con un orden tradicional sistemático y estadístico casi perfectos, ¿qué podría pensarse de la aplicación de los controles de precios en estos países nuestros, tropicales y eruptivos, que apenas si dan los primeros pasos en su organización general, en donde tan fácilmente se modifican y varían los términos de la verdad?

OTRAS MEDIDAS

Finalmente, se ha aconsejado por los economistas como medida correlativa de un proceso inflacionario, el hacer que las industrias se muevan dentro de un marco de relativa estrechez, para evitar que la oferta excesiva no sirva de estímulo a la demanda. Se indica que podría ser útil la obligación por las empresas, de aumentar sus reservas industriales para que las grandes utilidades no sean factor nuevo de inversión. De otro lado, se sugiere el racionamiento de materias primas por parte de los gobiernos, para poder hacer que cada cual lleve un ritmo lento dentro de las ideas que vengo comentando.

En países subdesarrollados como el nuestro, en donde las industrias se mueven limitadas por márgenes estrechos, no hay oportunidad para la aplicación de este sistema, que sí puede ser muy operante en zonas y países de gran industrialización.

COMO APARECE LA INFLACION

En alguna parte he dicho que uno de los aspectos más peligrosos de la inflación, es el de que su aparición dentro de la actividad económica nacional es atractiva y seductora. La he comparado con ciertos tipos de locura en el ser humano que se inician con un estado de euforia general, de satisfacción creciente, de grata complacen-

cia, por quienes principian a ser minados por la enfermedad. Mas todo aquello es pasajero. Pasado un tiempo, los fenómenos perturbadores que en los primeros días apenas si se insinuaban, acentúan su carácter mórbido que se agudiza hasta llegar al término de la locura final. Lo peor es que el enfermo no suele darse cuenta de su situación, como tampoco sus familiares, hasta cuando los síntomas premonitorios del desequilibrio total irrumpen violentamente. En los períodos de bonanza económica las gentes sólo miran la superficie del problema inflacionario. Es más: si alguien se atreve a señalarlo, la reacción es inmediata y brusca. Las medidas que las autoridades monetarias adoptan producen inconformidad y malestar. Se protesta contra la austeridad, contra lo que se dice ser falta de confianza de los dirigentes económicos. Se emplean símiles para decir que los países crecen como los individuos y que es antinatural poner trabas a su desarrollo. Se lucha desesperadamente para hacer que el carro económico corra libremente por la seductora avenida de la inflación.

¿HA HABIDO INFLACION EN COLOMBIA?

En Colombia hemos vivido este período en los últimos años y todavía hoy hay muchas gentes que se preguntan, si en realidad aquí hemos tenido, sí o no, inflación. Para aquellos colombianos que no suelen creer en estos fenómenos y que proclaman la inutilidad de las medidas preventivas que para contrarrestarlos se adoptan, es muy útil la lectura de un cuadro con los índices de precios y la capacidad adquisitiva del peso colombiano en los últimos trece años. En él puede leerse cómo a medida que los medios de pago se han expandido, a tiempo que la economía ha ido ampliándose sobre vastas zonas, mientras que el presupuesto nacional ha llegado a su más alta cifra en todos los tiempos, las fuerzas de desgaste inevitables han operado sobre el valor de la moneda y sobre el nivel de los precios, disminuyendo progresivamente la capacidad adquisitiva de nuestro peso. El cuadro es así:

Año	Indice de precios	Capacidad adquisitiva del peso
1940	104.3	95.9
1941	105.2	95.1
1942	112.9	88.6
1943	131.5	76.0
1944	149.3	67.0

Año	Indice de precios	Capacidad adquisitiva del peso
1945	171.3	58.4
1946	191.0	52.3
1947	209.2	47.8
1948	235.8	42.4
1949	252.0	39.7
1950	297.7	34.3
1951	312.5	32.0
1952	317.2	31.1
1953	332.6	30.0

Para cerrar esta rápida y esquemática visión de los fenómenos inflacionarios, quiero repetir el comentario que Antoine Pinay, primer ministro de Francia en 1951, escribió en defensa de su política económica. Ese comentario, que para mí tiene un valor perdurable, dice así:

“No puede haber economía viable ni sociedad que valga cuando la nación deja de tener confianza en su moneda. Cuando esto ocurre sólo queda en el horizonte la perspectiva de los peligros que minan los extensos fundamentos del orden público mismo. La inflación corroe y corrompe todo. El equilibrio del presupuesto, los programas de los gobiernos, las inversiones económicas, los planes de importación y, como consecuencia, la seguridad del trabajo, las leyes sociales, la salud moral de todas las clases de la nación y el prestigio mismo del país en el mundo. Contra la inflación no hay refugios verdaderos; sólo hay cálculos equivocados. La degradación monetaria puede servir a veces al juego de los más hábiles, parapetados en las encrucijadas estratégicas de la especulación. Sin embargo, sólo ofrece ilusiones a los que se creen prudentes; lleva la miseria a la masa, que no tiene ni medios ni tiempo para averiguar. En suma, es un sistema que a la larga engaña a los más hábiles, y permanentemente sacrifica a los demás. La moneda es para un pueblo no sólo una condición de su vida económica sino también una garantía de cooperación social. Es el elemento de estabilidad que sirve de base a los controles, es garantía del futuro y cimiento de la existencia colectiva. Es un patrimonio, porque es un requisito en la vida común. El juego contra la moneda es una solidaridad con la miseria. La confianza en la moneda es la solidaridad en la prosperidad. La unidad de un país no se funda en un pasado de recuerdos y de sacrificios sino también en una herencia común que hay que defender y en la moneda nacional que hay que salvar.”

LA REVISTA DE COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA
DEL ROSARIO

Calle 14 N° 6-25.

Informa a los estudiantes de Derecho que se han editado en el presente año las siguientes conferencias de los señores catedráticos de la Facultad:

Derecho Comercial	Doctor Antonio Rocha.
Hacienda Pública	Doctor Arcesio Londoño Palacio.
Economía Colombiana	Doctor Rodrigo Llorente.
Derecho Canónico	Doctor Leopoldo Uprimy.
Derecho Administrativo	Doctor Gabriel Paredes.
	Doctor Gonzalo Vargas Rubiano.
Derecho Penal General	Por los doctores Bernardo Gaitán Mahecha y Jorge Enrique Gutiérrez Anzola.
Derecho Internacional Privado	Doctor Víctor Cock.

EN PREPARACION:

Estadística y Demografía	Por el doctor Eduardo Santos Rubio.
Metafísica	Por Mgr. José Vicente Castro Silva.
Derecho Romano	Por el doctor Carlos J. Medellín.
Derecho Civil General	Por el doctor Nemesio Camacho Rodríguez.
Sociología General y Americana	Por el doctor Abel Naranjo Villegas.
Derecho Penal Especial	Por el doctor Luis Gutiérrez Jiménez.
Procedimiento Penal	Por el doctor Bernardo Gaitán Mahecha.
Derecho Internacional Público	Por el doctor Alfredo Vásquez Carrizosa.
Derecho Civil (Obligaciones)	Por el doctor José Antonio Villegas López.
Derecho Civil (Contratos)	Por el doctor Manuel Barrera Parra.
Procedimiento Civil (Los principios)	Por el doctor Ernesto Cediel Angel.
Legislación Tributaria	Por el doctor Héctor Julio Becerra.

Principios Generales del Crédito en Relación con la Banca y la Moneda

Por MARTIN DEL CORRAL

Una invitación del señor superintendente bancario, doctor Jorge Echeverri Herrera, por demás deferente y obligante, me trae a estas aulas que, para fortuna de ellas, aprestiga desde hace tiempo la muy ilustre figura de monseñor José Vicente Castro Silva, en el ciclo de conferencias que sobre moneda, banca y política fiscal ha planeado aquel alto funcionario con un gran sentido de servicio para despertar la inquietud de un estudiantado tan calificado como este al que tengo el honor de dirigirme.

Debo empezar por manifestar que mi exposición será apenas un acercamiento a los temas que me han sido asignados en función de *Principios generales del crédito en relación con la banca y la moneda*, que en sí son muy vastos y profundos y que requieren volúmenes para poder penetrar en ellos en forma de completa familiarización. Mi conferencia será pues de carácter general, tal como se me ha solicitado.

Abrigo la esperanza, sin embargo, de que no obstante la forma somera de mi disertación, como que ha de ceñirse a determinado espacio de tiempo, los estudiantes encuentren en ella suficientes ideas para estimularlos a profundizar en estas materias, que van siendo tan fundamentales en la vida de los pueblos para su ordenado funcionamiento y para el bienestar general de su población.

El valor del dinero ha venido declinando durante los últimos diez años. Que este declinar en el valor del dinero continúe, depende principalmente del plan de acción de los gobiernos con respecto a tributación, gastos, manejo de sus deudas y expansión del crédito.

Los planes de acción de los gobiernos, sin embargo, son muy considerablemente el reflejo de las ideas, sugerencias y presiones por parte de los mismos pueblos. Por eso es importante que entendamos bien